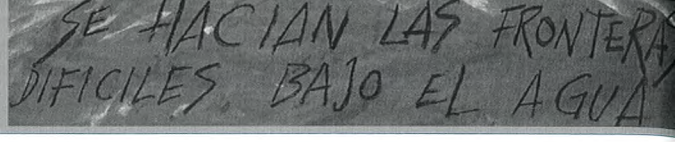
LA LUCIDEZ DE UN HOMBRE

Anna Caballé

1. TREINTA AÑOS Y UN DÍA

El 31 de enero de 1966, Carlos Barral anota en su diario que ha iniciado el dictado de "una especie de memorias" a su esposa Yvonne: "Unas notas que debieran cubrir los años 39 a 50. El primer capítulo, casi terminado, tendrá unas 20 holandesas. Lo iré dictando y dejando así en primera versión sin retoques. Me gustaría que en conjunto diera unas 300 holandesas. Después pensaría en un volumen sobre la infancia y en otro



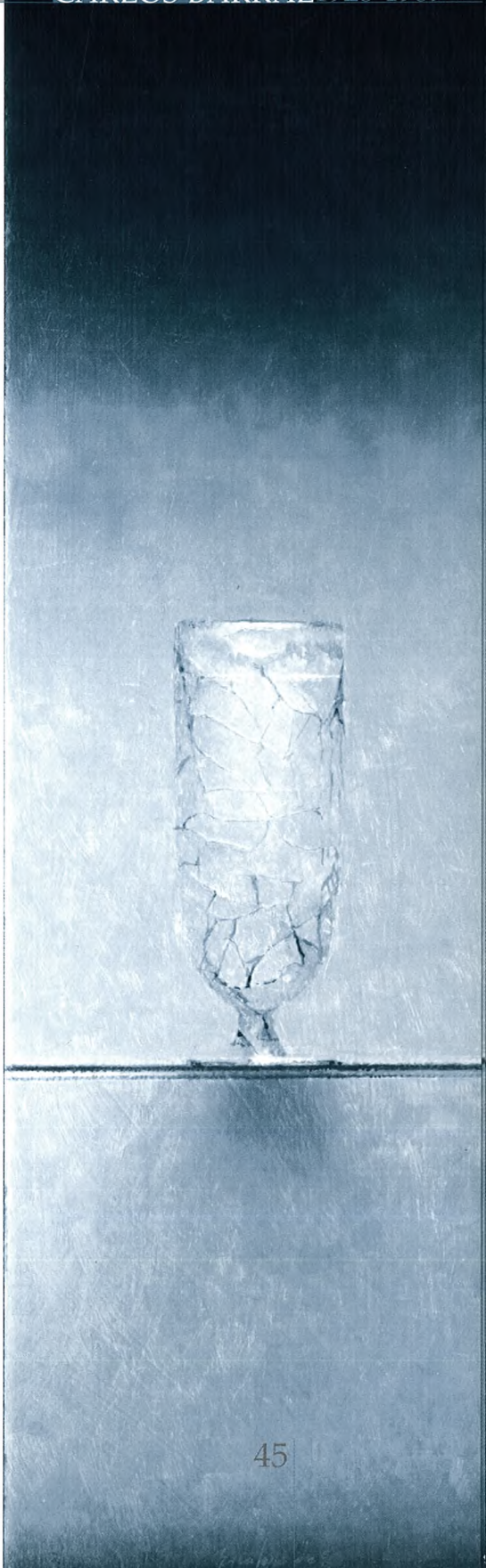
de experiencias más cercanas. Un testimonio personal de la era franquista (Treinta años y un día)"[1] . Esta anotación es la primera noticia que tenemos del proyecto autobiográfico de Carlos Barral, iniciado como vemos en enero de 1966, a los treinta años, en efecto, de la sublevación fascista. Parece que Barral ya tenía una idea bastante completa y cerrada de lo que quería hacer, según la cual en entregas posteriores se movería hacia adelante (lo haría en sus siguientes libros, *Años sin excusa* y *Cuando las horas veloces*) y hacia atrás (los dos capítulos que conocemos de sus "Memorias de infancia", que no llegó a completar). Lo importante de esa primera y relativamente precisa anotación, en la que ya deja constancia de lo que se propone hacer en el futuro, es que Barral quiere dar comienzo a su valioso proyecto autobiográfico, tomando la adolescencia (del 39 al 50) como el eje central de su vida escrita. Pero no es esta la única aportación sorprendente. En enero de 1966 Carlos Barral tiene treinta y siete años, cuando lo concluya, en enero de 1973, es decir exactamente siete años después, tendrá cuarenta y cuatro. Disponer sólo de ese dato ya nos permitiría anticiparnos a la capacidad innovadora y rupturista que esa obra alcanzaría en poco tiempo en el seno del memorialismo español contemporáneo, una referencia indiscutible por su capacidad introspectiva, su talento literario y la brillantez de sus retratos[2]. Porque no era lo frecuente entonces, cuando la escritura autobiográfica era inequívocamente una marca, si no estigma, de vejez, llevada a cabo como diría Pío Baroja en sus propias memorias, "desde la última vuelta del camino". La decisión de Barral de abordar seriamente sus memorias a una edad tan temprana (no tiene siquiera cuarenta años), en la plenitud de su capacidad creativa, revela su intención de proporcionarle a dicha prosa las cualidades literarias con que a esa edad pueden abordarse los proyectos. Después, lo hecho por Barral serviría de modelo a otros textos igualmente valiosos de la autobiografía en lengua castellana, escritos entre los cuarenta y los cincuenta años. Pienso en Juan Goytisolo y en Terenci Moix. Pero lo cierto es que Carlos Barral fue el primero en romper la inercia decimonónica que parecía implícita en

1 *Los diarios (1957-1989)*, ed. de Carme Riera, Anaya &Mario Muchnik, 1993, pág. 140.

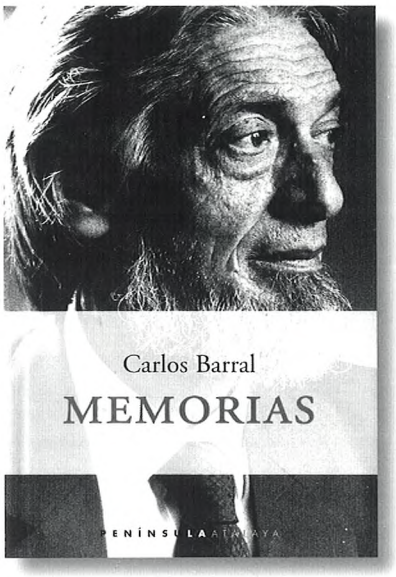
2 En términos parecidos se expresaba el editor Jorge Herralde en la presentación de las *Memorias* de Carlos Barral (Península, 2001) que reunían por primera vez en un solo volumen las tres entregas autobiográficas del autor hasta aquel momento dispersas: *Años de penitencia*, *Los años sin excusa* y *Cuando las horas veloces*: "Barral es el mejor autor de memorias que ha habido en España, por su elegancia extrema, felicidad verbal y trazo en el retrato".
En cuanto a la edición en un solo volumen de los tres libros, fue una iniciativa de Manuel Martos, entonces editor de Península: "Quise reunir en un solo volumen libros que se hallaban más o menos desperdigados y que mantenían una unidad de género y de estilo. Después repetiría el experimento con las memorias de Juan Goytisolo y las de Gerald Brenan".
Todas las citas se harán por esta edición.

el género, sin serlo, de asociar la evocación de la propia vida a la vejez, circunstancia que demasiadas veces condiciona el proyecto autobiográfico pues su autor y protagonista carece de la energía suficiente para enfrentarse a los múltiples desafíos que plantea su escritura.

A esos dos rasgos innovadores (en realidad uno es consecuencia del otro) debe añadirse un tercero y más evidente. Y es la oportunidad de Barral al publicar *Años de penitencia* en 1975, coincidiendo prácticamente con la muerte de Franco. Sabemos que fue un hecho coyuntural, el manuscrito estaba ya listo en enero del 73 como lo prueba la fecha del prólogo y los comentarios que haría Barral en el futuro, pero los problemas del texto con la censura a lo largo de 1974[3] retardarían su publicación concediendo a *Años de penitencia* un alcance simbólico, como de cierre literario a la larga postguerra española. Ese había sido en realidad el origen de su proyecto, como el propio autor señala en la entrada de su diario ya citada: ofrecer "un testimonio personal de la era franquista" y sólo así se explican las primeras líneas de su prólogo, comenzado con una llamativa negativa: "Este libro no es congruente con el pro-



3 A dichos problemas se refiere en el prólogo a la cuarta edición del libro (fechado en Calafell, noviembre de 1981): "Las mutilaciones y cambios pactados en el año 74 con el negociado de la Administración que se llamó Servicio de Inspección de Libros dieron, claro está, lugar en muchos casos a nuevas figuras de estilo y a variantes en el ritmo narrativo que establecieron un nuevo original, ligeramente distinto, que es el que se ha impreso repetidas veces" . Barral pensó por un tiempo en restituir los pasajes o palabras censurados, y lo podía haber hecho en la tercera edición de disponer de una copia del original primitivo. Pero la copia había ido a parar a manos de una doctoranda especializada en la censura franquista y el editor no la rescató hasta que, en vísperas de la cuarta impresión, se dio cuenta de que el texto había cuajado ya de una forma determinada y de que cualquier cambio estaba fuera de lugar. De modo que las restituciones respecto del manuscrito original fueron mínimas y apenas localizables.



yecto que me decidió a su redacción". Y sigue el editor: "Cuando comencé a escribirlo pensaba instrumentalizar al máximo mi experiencia, con el propósito de describir del modo menos personal posible el panorama urbano y el medio burgués de mi radicación en los años cuarenta, de mi recuerdo de aquellos "años de penitencia nacional" en los que fue ocurriendo el tránsito de mi infancia a mi juventud, en los que tuvo lugar una adolescencia, estimable, en sus rasgos esenciales, como representativa de una etapa biográfica común a buen número de gentes de mi clase, mi edad y mi geografía que, andando el tiempo, nos hemos ido injertando en las distintas ramas de los brotes de cultura marginal –inoficial y dispersa- de este país, en el tramo maduro y quién sabe si final de una larguísima postguerra civil todavía inconclusa". Inconclusa en 1973, pero definitivamente concluida al poco de aparecer el libro.

Es decir que Barral tenía muy clara su primera voluntad de buscar ante todo la foto de grupo, el retrato generacional que diera testimonio de la contraformación sufrida a manos del primer franquismo por parte de muchachos con una excelente disposición intelectual pero abocados al autodidactismo y al aislamiento moral, aún formando parte de una burguesía que a su vez encontró la forma de salir adelante, acomodándose rápidamente a los nuevos tiempos, éstos obsesionados en restaurar un orden arcaico, obsoleto. ¿Por qué la familia de Barral ensalzaba la necesidad de que el niño recibiera una estricta educación jesuítica a partir de 1939 cuando no parecía haber sido esta la opción preferida antes de la guerra? Se lo pregunta el autor de *Años de penitencia* al comienzo de su libro, para concluir que ello formaba parte de esos nuevos tiempos, en los que familias catalanas vinculadas antes de la guerra a la Barcelona del "Estatut", familias normales, con opiniones políticas y relativamente tolerantes con los asuntos de la vida diaria, de pronto sucumbieron a la presión del pensamiento ortodoxo nacionalcatólico y sustituyeron sus ideas y costumbres por el misal cotidiano y un rígido esquema político. Esa era pues la idea inicial, dar cuenta de esta transformación sufrida a una velocidad vertiginosa sin que nadie se sintiera obligado a comprender aquello que quedaba fuera de la nueva ortodoxia: "todo recuerdo de una vida distinta se borró de todas las conciencias". Sin embargo, ese control que Barral pensaba ejercer sobre su memoria personal en beneficio de la colec-

tiva, se vería progresivamente desplazado en el curso de la escritura, porque "el alma del testigo, minuciosamente educado para la poesía lírica, ha ido invadiendo inexcusablemente el relato, embrollando las digresiones, particularizando la anécdota, y, en definitiva, velando con un aliento subjetivo el propósito original"[4].

Es decir que *Años de penitencia*, fue en el momento de su publicación, un libro distinto del que estaba previsto: por razones internas, al verse desbordada la primeriza voluntad de formalización de una memoria generacional que tiene diez, once años en 1939 y que por tanto crece en el nuevo marco moral impuesto por el franquismo, por la progresiva necesidad que va experimentando su autor de explorarse a sí mismo en ese marco. Y por razones externas, motivadas por las alteraciones del texto impuestas por la censura y que configuraron, finalmente, el texto definitivo.

Puede afirmarse que *Años de penitencia*, y las entregas sucesivas, marcaron un antes y un después en la cultura española . Su alcance nada tiene que ver, por ejemplo, con un libro contemporáneo al de Barral como fue *Descargo de conciencia*, de Pedro Laín Entralgo, o *Casi unas memorias* de Dionisio Ridruejo, obras que deben situarse ante un pasado falangista que compromete a sus autores y que gravita excepcionalmente en los textos. Barral, por el contrario, nada tuvo que ver con el falangismo ni con un pasado políticamente comprometido y su testimonio aspira a construir algo distinto: la rebelión de unos jóvenes –una rebelión intelectualmente densa, agresiva y autosuficiente - contra los viejos mandarines culturales, políticos y sociales de la España postbélica.

4 *Memorias*, ob. cit., pág. 71.

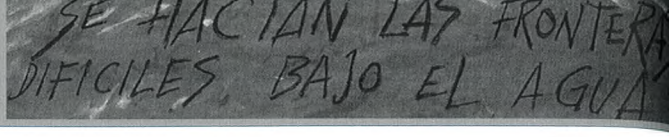
Anna Caballé

El libro, pertrechado con la lucidez característica de Barral, trata, como ya se ha dicho, de unos años decisivos en el crecimiento del individuo, como son los de la adolescencia. La actitud del editor ante ella (próxima a la de Gombrowicz) está, sin embargo, en las antípodas de la defendida por Paul Nizan, por ejemplo, en *Aden, Arabie*. Recordemos aquellas primeras palabras: "Tenía veinte años. No dejaré que nadie diga que es la edad más bella de la vida". Barral, por el contrario, a los veinte años, se sentirá en posesión de todos sus recursos físicos y espirituales.

El libro se abre con el ingreso del autor en el "imponente y lúgubre" colegio de los jesuitas de la calle de Caspe en un ambiente de religiosidad delirante, a los diez años, y se cierra precisamente a los veinte, siendo Carlos Barral alférez de complemento, en Gerona, durante el último invierno de su primera juventud, "de la gratificante y mimada inmadurez". De 1939 a 1950. Entre el primer capítulo y el último, el poeta organiza temáticamente la materia de su evocación: el colegio, la casa familiar, Calafell, el descubrimiento de la literatura, la vivencia del sexo, los primeros amigos, la vocación marinera, la Universidad, la relación con Yvonne, el viaje (iniciático) a Heidelberg ... Cada uno de los temas merece un capítulo En todo caso, una línea de fuerza cruza *Años de penitencia* dominando sutilmente el conjunto y es la vivencia de la amistad, tan propia por otra parte de la adolescencia, y la forma en que Barral teje junto a un grupo de jóvenes de su edad y con sus mismas o parecidas aspiraciones intelectuales una complicidad de largo alcance.

Para Carlos Barral la amistad es un descubrimiento fundamental en su vida, que compensa todas las carencias y que está relacionado con su deseo de integración, y de reconocimiento, apenas satisfecho a causa de la debilidad de sus lazos familiares. Su personalidad quedará sustancialmente vinculada a los elementos que el propio autor elige como decisivos de su adolescencia: el mar, los libros, los amigos y el amor por Yvonne. Los amigos son muchos y Barral ofrece de ellos retratos memorables: Jorge Folch, Alberto Oliart, Jaime Gil de Biedma, los hermanos Ferraté/Ferrater, Josep Maria Castellet, Manolo Sacristán, Alfonso Costafreda,

Carlos Barral en 1978 (foto de Marisa Flores)

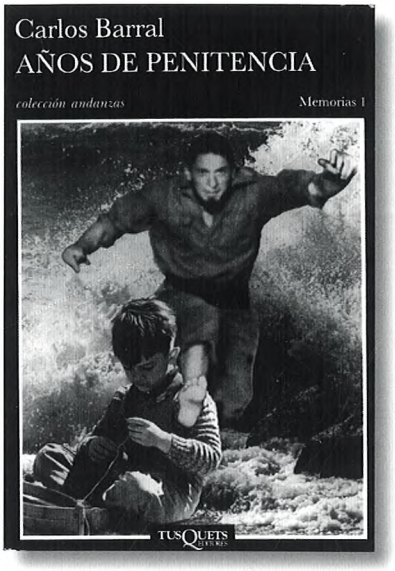


los hermanos Goytisolo... Son nombres que intervienen decisivamente para que Barral con los años se convierta en la persona capaz de liderar el proyecto editorial de mayor prestigio internacional que ha conocido la edición española . Tal vez, decíamos, porque la relación con los amigos - todos inteligentes, cultivados, impetuosos - le permite experimentar a su través un sentimiento de comunión, el calor casi animal que proporciona la camaradería, el sentirse parte reconocida y aceptada de un grupo con el que se comparten múltiples afinidades y aspiraciones. Todo ello podía arrastrar lejos el sentimiento de *incomplétude* original que pudiera experimentar el joven Barral, a causa de la temprana pérdida del padre. Recordemos que el padre del futuro editor, Carlos Barral Nualart, moría el 19 de agosto de 1936, de un infarto, en el patio de ingreso de los talleres gráficos de su propiedad, después de unos días de intensa agitación que sin duda precipitaron su muerte. La sublevación había sorprendido a la familia en Calafell y se había decidido regresar a Barcelona, pero no al domicilio de Pau Claris sino refugiándose todos excepto el padre en casa del Joanot, el marinero del "Capitán Argüello" con el que salía a pescar. Carlos Barral Nualart insistió en quedarse en la fábrica con una pequeña protección. A la vuelta de un recorrido por la ciudad para comprobar cómo estaban los ánimos, se sintió cansado, pidió una silla y le sobrevino el fulminante ataque[5], apenas había transcurrido un mes desde la sublevación fascista. El futuro editor tenía sólo ocho años cuando la inesperada muerte del padre pone fin a la seguridad de una infancia dominada por una paz burguesa que nada parecía mellar. Y la nostalgia que sentirá Barral de ese sentimiento de seguridad abruptamente desaparecido de su vida, de un día para otro, del 19 al 20 de agosto de 1936, sin que se pudiera presentir ni prever, es y será infinita (como lo sería la nostalgia de Julia Gay que sus hijos, los hermanos Goytisolo, experimentarían un año después al fallecer su madre en el bombardeo de Barcelona de 1937). Porque la nueva experiencia de soledad y desamparo es brutal: el niño no sólo pierde al *pater familias* (con el hundimiento estructural que eso representaba en aquellos años de subordinación femenina) sino que la pérdida coincide con el estallido revolucionario que hará saltar por los aires unos modos de vida y de pensamiento. Sin embargo, la corta edad del autor de *Años de penitencia* a la muerte del padre le impide preservar de él un sólido recuerdo, más allá de la experiencia de seguridad que quedará por siempre identificada con él y por la que el autor sentirá una enorme nostalgia. Muy pronto los perfiles irán desdibujándose... ¿y a qué se puede aferrar el niño para no perder

5 Los detalles del fallecimiento corresponden a *Los años sin excusa*, donde dedica un capítulo imprescindible ("Hijos del humo") a su experiencia de la orfandad.

a su padre del todo? A la simbología, a las cosas que lo habían definido en vida y que permanecían insólitamente intactas a su alrededor, adheridas a su persona: su colección de armas antiguas, su colección de espadas; el "capitán Argüello" con el que su dueño, Carlos Barral Nualart, acompañado de Joanot, salía a pescar en Calafell con insólito atuendo, siendo un experimentado y reconocido marinero; unos pocos libros encuadernados con su ex -libris ... Ahí seguiría habitando el mundo paterno y trabajando en el proceso de toma de conciencia de la personalidad filial. Porque Carlos Barral convertirá el cuidado y la preservación de esos preciados objetos y aficiones, con el simbolismo que contienen, en parte de una liturgia personal que se irá incorporando lentamente a la construcción de su propia identidad y condicionándola. Podría decirse que la infancia de Barral actúa como un *hortus conclusus* de una potente significación en la conciencia del niño que de pronto dejó de serlo para madurar bruscamente. Y el joven Barral leerá y releerá aquella infancia, definitivamente imbricada en la figura paterna, como si en ella estuviera la clave de lo que él debe ser en el futuro. "¿Será tóxico tanto meditar sobre la infancia?" se pregunta en su diario, antes que la escritura memorialística diera salida a ese mundo interior tan obsesivamente presente en su vida[6] . Se dice que ante todo debe ser fiel a la memoria del ausente, o a lo que el niño conserva de ella: su afición a la pesca, su barco, bautizado "Capitán Argüello" y mal vendido después por su madre, para desconsuelo suyo (Barral no cesará en su empeño de construir una réplica del "Capitán Argüello" que fue propiedad paterna, hasta que

6 Anotación de 1958, en *Los diarios (1957-1989)*, ob. cit., pág. 72.



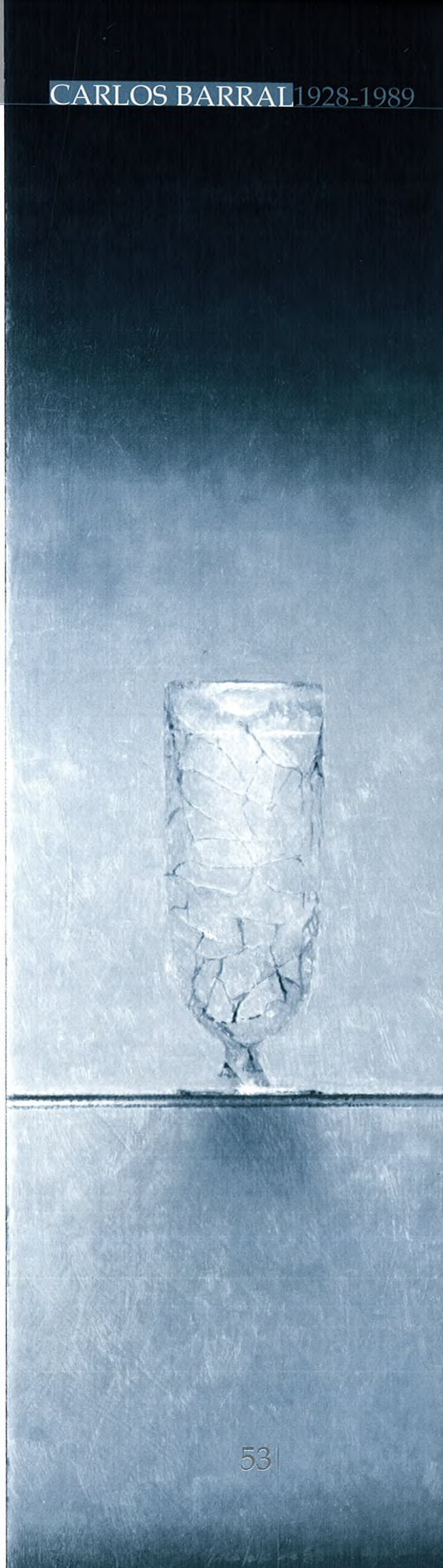
lo consigue en torno a 1956, aunque el año queda sin precisar en las memorias[7]). Hay que leer pues en clave edípica (con la particularidad del caso) las ligeras extravagancias del poeta y editor en su madurez: su gorra de patrón calada a altas horas de madrugada; su costumbre pertinaz de andar descalzo por Calafell, aún en pleno invierno, como cualquier pescador curtido, inmune a las inclemencias del tiempo; su negra capa de esclavina como si fuera un caballero antiguo ... Cuando empiece a relacionarse con sus primeras amistades juveniles, Barral llevará consigo todo ese mundo interior, de estructura mítica y ritualizada, y deslumbrará a sus compañeros por su singularidad, por su pasión posesiva por las cosas. Nadie sabe nada de espadas antiguas, ni de marineros, ni de barcos. En realidad son piezas de su ser, que provienen de otro y que ahora están listas para fundirse en el nuevo crisol de la amistad y proporcionarle una personalidad inconfundible.

¿Qué nos dice Carlos Barral de su madre en las memorias? Poco, en realidad es una sombra, un caso claro de la transformación sufrida por la burguesía catalana al acabar la guerra y sobre la cual el autor ha expresado ya su estupor. ¿Cómo hubiera actuado su padre ante las nuevas circunstancias? ¿Se hubiera impuesto la fuerza de las cosas a sus conocidas convicciones liberales y anticlericales? Barral no tendrá respuesta a estas preguntas, no puede tenerla, porque su padre, al morir antes de que esas nuevas circunstancias se produzcan queda al margen de ellas, indemne ante su hijo de sus consecuencias. Muy al contrario de lo que le ocurre a Tota Agesta (antes de casarse, Elices) Galarza. Había crecido en Argentina y conservó hasta el final un deje porteño que, sin embargo, sólo hacia acto de presencia en los momentos de enfado, entonces al parecer "doña Tota" voseaba inconscientemente. Al fallecer su marido, apenas iniciada la guerra civil, tuvo que hacer frente a difíciles decisiones que consumieron sus fuerzas. Terminada la guerra, el carácter de doña Tota fue menguando y se convirtió en una mujer "retraída y de lágrima fácil", que quedó a merced de las múltiples tensiones familiares derivadas de una convivencia forzada con su hermana Teresa (casada con "el gaucho Medina", sin hijos) y con el malhumorado primo Gerardo, huérfano de padres (hijo del

7 "El nuevo Capitán Argüello entró en las aguas del puerto una mañana de septiembre que había amanecido con mistral y fui a buscarlo con el barón y el viejo Tomas Tort", en *Los años sin excusa*, ob. cit., pág. 378.

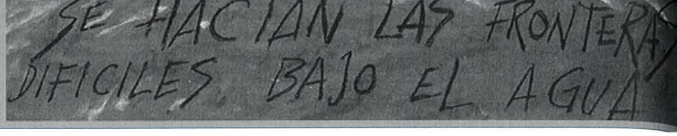
hermano mayor de su padre, el viudo Luis Barral Nualart, igualmente fallecido) y sin mayor respeto por la tradición familiar. "(E)n aquella época y a lo largo de años, la vida de familia era como una cadena de incidentes más o menos teatrales, siempre desagradables y a menudo bochornosos, en la forzosa reunión alrededor de la mesa, a la hora de las comidas, de gentes que no tenían en común sino el haber decidido sumar sus recursos y el vivir bajo un mismo techo"[8]. Y frente a esa mediocre y muchas veces crispada vida de familia, Barral opondrá, como decimos, la deslumbrante simbología paterna y la experiencia recién descubierta de la amistad.

Para Aristóteles, la amistad de los jóvenes se debe al placer, pues los jóvenes viven en la pasión y persiguen todo aquello que les resulta placentero. Ese "vivir en la pasión" por la literatura a través de la amistad y las horas y horas de conversación intelectual donde unos y otros exponen en grupo la resistencia de sus gustos y tradiciones configurándose unas complicidades indestructibles es la cara positiva, radiante, de esos años de "penitencia nacional" que Barral quiere atrapar en su primer libro de memorias sin que resulte del todo convincente en ese objetivo, aunque sí en muchos otros[9].



8 *Memorias*, ob. cit., pág. 100.

9 Lo señala oblicuamente Lidia Falcón en el último prólogo a su autobiografía *Los hijos de los vencidos*, sin citar a Barral, cuando opone la contundencia de los hechos que ella misma vivió y sufrió en la inmediata postguerra a las "filigranas de lenguaje" con que sus compañeros de generación encubrían su débil resistencia a la Dictadura. "Tantos años de la infancia y la adolescencia transcurridos entre los muros de los colegios religiosos, en el seno de familias burguesas de orden, alimentados por lecturas piadosas y ajenas al Index; tantos años en los bancos universitarios absorbiendo las enseñanzas de profesores fascistas dejan su huella" (en *Los hijos de los vencidos (1939-1949)*, Vindicación Feminista, 1979, pág. vii).



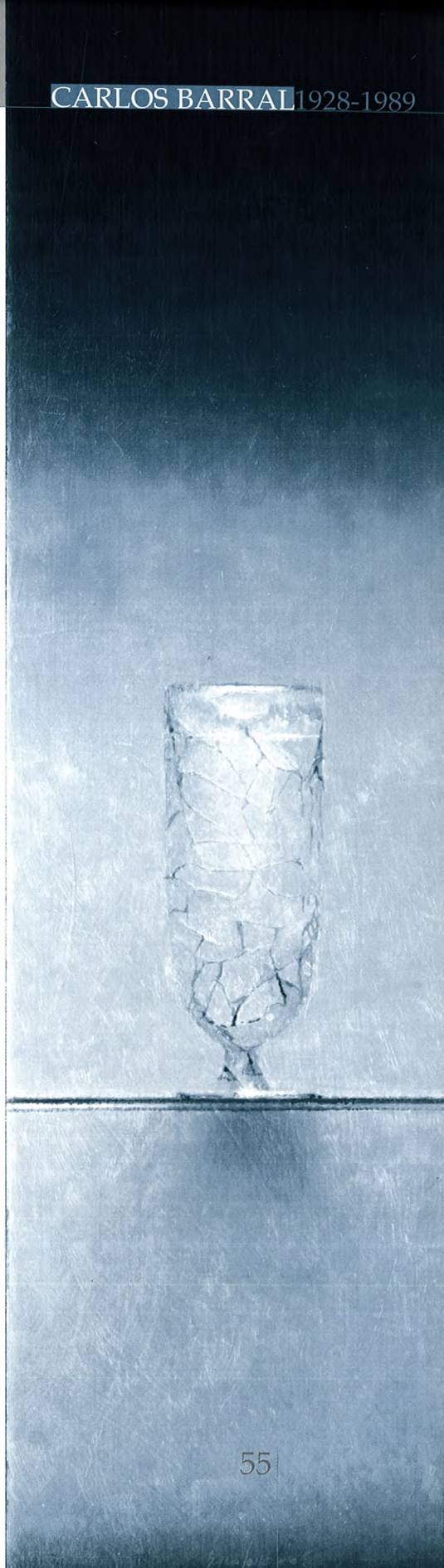
La evocación de los amigos, sin embargo, no estará, en sus memorias, exenta de mordacidad, en especial con aquellos "compañeros de viaje" más alejados políticamente de la ideología progresista y liberal del futuro editor. Al publicarse *Años de penitencia* algunos pasajes del libro fueron piedra de escándalo. El más comentado por su acidez fue uno relacionado con el futuro filósofo Manuel Sacristán. Barral describe sus orígenes violentamente falangistas en una anécdota cuya veracidad es puesta en entredicho por el propio autor, pero que en todo caso se cuenta, anticipándose un perfil autoritario y doctrinario de su amigo. La anécdota se refuerza con el recuerdo de una conversación dominical en el bar Club, donde Sacristán, ansioso de destacar ante sus compañeros, simula traducir trabajosamente del griego, al hilo de la lectura, un pasaje de Heráclito contenido en los *Fragmentos de los presocráticos*, pese a que "todos sabíamos que el libro no contenía otra lengua que el castellano de Indias". No es un retrato precisamente amable el que Barral traza de Manuel Sacristán al subrayar, sobre todo, su incongruencia moral respecto al personaje ulterior, el filósofo radical y ultraizquierdista que todos conocemos. Y la polémica que éste y algún otro pasaje generaron en el entorno cultural catalán explica que en el segundo volumen de memorias, *Los años sin excusa*, escrito a continuación del anterior, su autor observe en el prólogo: "Me creo en la obligación de aludir al probable enojo de algunos personajes, perjudicados quizá por mi inexactitud o por la ligereza de mis opiniones. O simplemente irritados por la inesperada comparecencia en estas páginas. En mi descargo diré que no he pretendido ofender en ningún caso ni revelar secreto alguno, y que todos estamos expuestos a permanecer largo tiempo en la memoria de otros y a sufrir en ella las erosiones parciales del olvido"[10]. Nada más cierto.

2. LOS AÑOS SIN EXCUSA

Si el primer volumen de memorias se cierra con el vislumbre del autor de su propio futuro, a raíz de su relación con Yvonne ("el encuentro con Yvonne había movido mi centro de gravedad"), entregado interiormente a la poesía pero comprometido, como su padre, con una vida más o menos regular, burguesa y doméstica, el segundo volumen, *Los años sin excusa*, arranca ya de esa decisión llevada a la práctica. El volumen se abre con la incorporación del joven Barral a la entonces muy dispersa editorial familiar, en noviembre de 1950, donde conoce al

10 Págs. 298-299.

erudito Joan Petit, que influirá decisivamente en su formación intelectual, siendo Petit además un elemento irreemplazable en su futuro inmediato. La falta de un sólido modelo paterno hace que Barral se sirva de otras personas de su entorno para cubrir ese vacío y sobre ellas recaerá su necesidad de exorcizar el sentimiento de desarraigo de sí mismo. Como ya señalé en otra ocasión[11], el libro subraya la continuidad de las coordenadas personales del futuro editor, apuntadas ya con fuerza al final de *Años de penitencia*. Sólo que ahora el círculo de seres próximos y cosas determinantes en el afianzamiento de su personalidad se halla en plena expansión, como corresponde a su ya avanzada juventud y primera madurez. De manera que sigue y crece y fecunda la experiencia cómplice y deslumbrante de la amistad, y a ella se suman otras: el matrimonio con Yvonne, su vida marinera con el nuevo "Capitán Argüello", la redacción de *Metropolitano* o la transformación de unos talleres gráficos en una editorial de prestigio. De nuevo los amigos juegan un papel fundamental en ese sentido, empezando por el "cuarto de los sabios" con que se abre el volumen y que será escenario principalísimo del intercambio intelectual, entre lo profesional, lo casual y lo insólito, que allí tenía lugar a lo largo de interminables conversaciones. Aunque no quedarán exentos, de ningún modo, los comentarios incisivos, porque el editor era consciente que debía huir de un relato complaciente e inane, muy al contrario debía "enriquecerlo con maldades", como anota en su diario tras una lectura del primer borrador[12] y



11 "Nostalgias de un personaje (El ciclo memorialístico de Carlos Barral), *Revista de Occidente*, núm. 121, págs. 83-97.

12 Cfr. *Los diarios*, ob. cit., pág. 274.

éstas fueron abundantes a lo largo de su ciclo memorialístico aunque me temo que, finalmente, esas maldades acabaron volviéndose contra él. En este volumen el peso de los comentarios más ácidos corresponde a Jaime Salinas, hijo del poeta Pedro Salinas, al que Barral describe como un hombre poco versado en la realidad de la vida española y al que hay que explicárselo todo[13].

El proceso de afianzamiento de afectos, intereses y voluntades culmina en la creación de un premio internacional, el Prix Formentor, cuyos avatares quedan soberbiamente descritos en el libro. Sin embargo, diría que el pasaje que marca el punto de inflexión en el relato no es tanto éste como otro anterior. Es una instantánea. Un día de febrero de 1959, en el célebre encuentro organizado en Collioure, promovido por Castellet, Barral, Gil de Biedma y José Agustín Goytisolo, con motivo del vigésimo aniversario de la muerte del poeta Antonio Machado. Y escribe Barral: "De pronto, a partir de una frase indiferente de José Agustín [Goytisolo], de algo que me aludía con cualquier propósito, me sobrevino la sensación y la idea, en seguida, de estar de acuerdo con un personaje que yo ignoraba aún y que los demás admitían como un hecho objetivo: el de un yo mismo que, además de escribir trabajosamente versos y emitir casi continuamente opiniones literarias más o menos fundadas, las estaba ejerciendo –en la opinión de los otros- o las podía ejercer –me decía yo ahora- en forma definitoria"[14]. En todo caso, no es una experiencia que quedara registrada en su diario de aquellos años (sí queda registrada, sin embargo, la visita a Collioure), más bien parece responder al esfuerzo del autobiógrafo de hacer converger los haces de la experiencia, siempre polimorfa y escurridiza, en la utopía del sentido único. Pero sí es cierto que los diarios de la época reflejan la insatisfacción de Barral y su necesidad de incidir de una forma más precisa en la vida cultural española. Eso lo conseguirá mediante el despegue editorial de Seix Barral y la proyección internacional alcanzada a través de la creación del Premio Formentor antes mencionado, logrando "el editor español" el prestigio internacional que de todos es sabido. Y Barral en *Los años sin excusa* fija con nitidez

13 Sin embargo, en los diarios queda claro que los motivos de conflicto con Salinas fueron de mayor calado que lo resuelto en las páginas de *Los años sin excusa* y afectaron seriamente al editor.

14 *Memorias*, ob. cit., pág. 429.

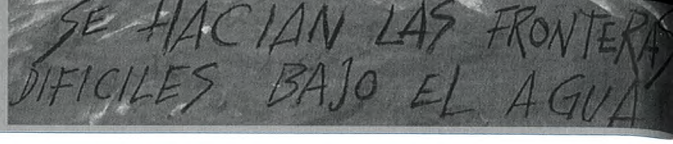
ese momento (para el que no cabe la "excusa" de inhibirse) en que tiene la clara comprensión de su papel como agente cultural en una España sumida en la mediocridad y el partidismo.

El libro concluye con el relato de un episodio sin consecuencias y, no obstante, estremecedor. Su autor se culpabiliza de no haber prestado ayuda a un amigo cuando éste parecía que se ahogaba, una mañana, en las movidas aguas del mar en Calafell. Todo queda en un susto, pero lo importante es, de nuevo, el sentido que le concede Barral al episodio transformándolo en una sobrecogedora reflexión sobre la madurez y los miedos que ésta trae consigo: el miedo a la locura, a la incapacidad, a la debilidad y, el peor de todos, la cobardía. Barral sitúa al lector ante una perspectiva encarecidamente restrictiva de la madurez- coherente con su anterior exaltación de la adolescencia-, algo así como un plano inclinado que precipita al hombre en brazos de la muerte.

3. PENÚLTIMOS CASTIGOS

A *Los años sin excusa* le sucedió una *rara avis* literaria, un texto autoficcional, interesante para los aficionados al *roman à clef* y los estudiosos de la gestación del género autoficcional en España[15] Me refiero a su única novela *Penúltimos castigos* (1983), aunque Barral prefería llamarla *autografía* y así la define en su diario y en alguna conferencia

15 Véase de Manuel Alberca: *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*, Bibliioteca Nueva, 2007, donde analiza la novela de Barral en clave autoficcional, aunque en su opinión el texto no logra alzar el vuelo: "El artificio resulta, aparte de evidente, ingenuo, incluso impúdico, pero gracias a él, Barral se construye como un personaje mítico-novelesco", pág. 214.



dictada con posterioridad a la publicación. En seis meses el libro tuvo tres ediciones, es decir que fue un éxito fugaz que se explica fundamentalmente por la abundancia de nombres conocidos y de juicios beligerantes que ocasionarían no pocos quebraderos de cabeza al escritor. Sabemos que Barral estaba escribiendo el libro en marzo de 1980 cuando anota: "(A)vance tristísimo e inseguro de Pc"[16] y la inseguridad que expresa su autor no es de extrañar dado el atrevimiento del texto, en múltiples sentidos. Barral se sirve de la autoficción para representarse a sí mismo su propia tragedia y dar por concluida su faceta más influyente, la de editor, interrumpida a raíz de la progresiva quiebra de Barral Editores[17]. Es un libro escrito como catarsis, que quiere liquidar en público un episodio doloroso de su historia personal y sólo muy secundariamente afrontar la experiencia autobiográfica que, sin embargo, resulta ineludible para el lector pues el personaje Carlos Barral que aparece en la novela coincide en todo con la persona del poeta y editor catalán.

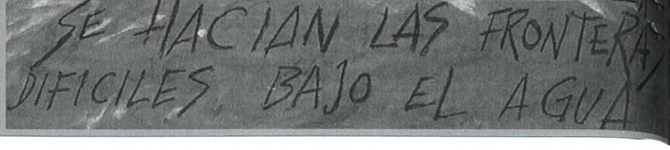
En *Penúltimos castigos*, el protagonista es un escultor innominado (y Carlos Barral su amigo) y el hilo conductor de la narración la evocación que hace de un período crítico de su vida, cuando a los problemas familiares se suman problemas de salud y de finanzas que fuerzan al escultor a instalarse en un refugio seguro, Calafell. A su casa de pescadores, herencia familiar, acuden los amigos de siempre del propio Barral (que en la novela, decimos, es un personaje más): José María Castellet, Jaime Gil de Biedma, Juan Marsé, José Agustín Goytisolo, Yvonne Hortet, Rosa Regás ... para reproducir a pequeña escala lo que venía a ser el despacho del editor cuando dirigía Seix Barral: una especie de Estudios Paramount a la barcelonesa, según lo describiera Juan Benet[18]. Sin embargo, más allá de los

16 *Los diarios*, ob. cit., pág. 155.

17 La editorial, que no dejó de sufrir problemas económicos desde su fundación informal "y un tanto caótica" en el domicilio del propio Barral en otoño de 1969, sería absorbida por Ediciones Labor en 1978 y suspendería definitivamente su actividad dos años más tarde. Al publicarse *Penúltimos castigos* Francisco Gracia, director general de Labor y responsable de la poderosa Distribuciones de Enlace, presentó una querella contra Carlos Barral, entonces senador por Tarragona en las listas del PSC (partido al que pertenecía desde 1977), por injurias lo que dio lugar a un largo contencioso judicial que amargó los últimos años de la vida del poeta y del que hay abundantes testimonios en sus diarios. El lamentable episodio (que dio pie a una interesante prueba de resistencia del estatuto de la novela como escritura moralmente irresponsable) está muy bien resumido en *El pacto ambiguo*, de M. Alberca, ob.cit., pág. 262.

18 En "El efecto Barral", *Revista de Occidente*, núm. 110-111, pág. 14. El crítico Pedro Carrero Eras, en un breve ensayo sobre *Penúltimos castigos* titulado "Autobiografía y relato en Carlos Barral", escribe algo parecido: "Uno tiene la impresión, al leer este libro, de hallarse acomodado en la barra de *Bocaccio*, en un diván de *Oliver* o en la más à la page terraza del Teide, en medio de un grupo feroz de intelectuales dirigentes, muy sabidores y muy de vuelta de todo (...) No hay lugar para inocentes descubrimientos: una fatiga mortal invade a la cultura, y todo está sujeto a una febril, atormentada y esnobista revisión sin salida" (en *Españoles y extranjeros: última narrativa*, 1990, pág. 59).

amigos y las anécdotas que cruzan el libro, da la impresión de que Barral necesita recurrir al autoextrañamiento para profundizar mejor en sí mismo. Y en este sentido el alcance del "autografismo" practicado por Barral en *Penúltimos castigos* es tan notable como poco estudiado, si tenemos en cuenta que el escritor se somete a una crítica lúcida y despiadada de sí mismo, refiriéndole al lector la historia de sí como si fuera de otro. Lo que supone una vuelta de tuerca en el movimiento o construcción especular que constituye su obra. Porque la mirada ante el espejo (espejo de tinta que es la escritura autobiográfica) implica reconocimiento y distancia: uno se ve en el espejo que devuelve la propia imagen, pero también se sorprende de la imagen que obtiene y la aprueba o la desaprueba en función de sus exigencias interiores. Barral en *Penúltimos castigos* se distancia de sí mismo para construir un autorretrato que deja al descubierto las estrategias de su personalidad, sin menoscabo del componente autocognoscitivo (la "evidencia del sujeto" en palabras de Lacan) fuertemente arraigado en su interior. Y cabe preguntarse ¿quién que ame la seducción se atreve a poner en evidencia los mecanismos de su funcionamiento? La respuesta es obvia, sólo pueden hacerlo aquellos que no ven peligrar por ello sus posibilidades de seguir ejerciéndola con éxito o bien, caso de Barral, porque la seducción ha dejado de jugar un papel esencial en su vida. Lo cierto es que admitir públicamente los sentimientos de culpa, el alcoholismo, las dificultades matrimoniales o la ambigüedad de la relación con los otros constituye una exigencia más del autobiografismo barraliano con el que compensar también los feroces ataques a otros. En este caso el centro de su ira es el personaje



Francisco García, tras el cual se oculta una figura clave, y por todos reconocida, en el cierre de su editorial.

Al final del texto, oscilante como narración pero deslumbrante como hermenéutica, el narrador acaba matando al personaje Carlos Barral, aquel editor "exigente, aristocrático y radical" según sus palabras. La muerte ocurre en el penúltimo capítulo (¿casualidad?), en un pasaje que quiere transgredir las limitaciones del ser humano para ver su propia muerte y que refleja el ánimo depresivo del editor ante una de las situaciones más difíciles de su vida. Pero aún en un pasaje tan delicado, Barral no deja de enriquecerlo con "maldades", como la descripción que hace de Félix de Azúa como "una especie de efebo florentino envejecido".[19] Es curioso que, como ya ocurriera con *Los años sin excusa*, el libro se cierra convocando a la muerte. ¿Una estrategia para exorcizar el miedo que conlleva su mero pensamiento? El pasaje, sin embargo, puede resultar familiar: quién no ha distraído alguna vez el insomnio imaginando cómo será su muerte, las circunstancias de la misma, o bien sobre las que se preferirían cuando se produzca el óbito, fantaseando incluso, como hace el autor, con el ritual del entierro.

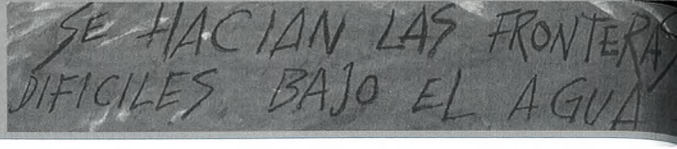
4. CUANDO LAS HORAS VELOCES

Nada más entregar el manuscrito de *Penúltimos castigos*, en septiembre de 1983, en el diario de Barral puede leerse: "Proyecto de un primer capítulo del tercer tomo de las Memorias. Temblad traidores"[20]. A partir de aquí serán muy frecuentes las anotaciones referidas a dicho proyecto que, después de barajar varios títulos, adoptará el definitivo de *Cuando las horas veloces*, tomado de las *Metamorfosis* de Ovidio (y cuyos versos pautan el comienzo de los nueve capítulos del libro). Las anotaciones incluyen esquemas de capítulos, temas a tratar, nombres de personas con una mínima indicación, pero también encontramos noticia de las muchas zozobras causadas por la querella interpuesta contra él por Francisco Gracia y que desencadenó una notable jurisprudencia, nunca bien estudiada, sobre las relaciones entre vida real y literatura. En todo caso, en *Cuando las horas veloces* la nostalgia se

19 Y el comentario no pasó desapercibido para Félix de Azúa que le respondió en una novela titulada *Historia de un idiota contada por el mismo o El contenido de la felicidad*, en la que se refiere al editor llamándole Pepe Barras a causa de su dipsomanía. Barral le contestaría a su vez con otro retrato dedicado en *Cuando las horas veloces* (véase págs. 577-578) y así quizás hubieran proseguido los dos poetas cruzándose sus floretes de no ser por la muerte de Barral, el 12 de diciembre de 1989.

20 *Los diarios*, ob. cit., entrada del 16 de septiembre de 1983, pág. 227.

ha apoderado definitivamente de la memoria de Barral. No tanto porque el periodo evocado –que transcurre en plena crisis de madurez del escritor- la suscite, como porque los años de la plenitud, de la felicidad esférica y radiante de la adolescencia, exenta de las múltiples responsabilidades de la madurez, van quedando cada vez más lejos y la muerte más próxima (en su diario, en medio de alguna crisis de salud puede leerse "Parca, todavía no, espera un poco"). El tramo biográfico de este nuevo y último volumen publicado de sus Memorias sigue la estructura de los dos anteriores: arranca aproximadamente de 1966 y se cierra en torno a 1981, de nuevo algo más de una década, en la que se alternan las brillantes introspecciones de su autor con la ineludible referencia a Calafell, ahora acosado ya por la presión inmobiliaria, y su propia y apasionante historia como editor de la mejor literatura nacional e internacional. Sin embargo, su insatisfacción moral crece por los motivos conocidos ya del lector de *Penúltimos castigos* (los manejos editoriales, la progresiva corrupción de las relaciones profesionales, el alcohol, los frecuentes problemas de salud, el angostamiento creativo, el desgaste de sí mismo como personalidad brillante). A fin de evitar excesivas iteraciones y homologías con su falsa novela, en *Cuando las horas veloces* se aborda el periodo referido desde una perspectiva centrífuga: resulta clara la voluntad del escritor de evitarse conflictos ofreciendo un relato menos visceral y comprometido, al hilo de la cronología profesional. La obra tiene uno de sus primeros vértices en la muerte de Víctor Seix, atropellado, como Antonio Gaudí, por un tranvía al salir del Frankfurter Hoff en plena Feria del Libro, en octubre de 1967. Barral reconstruye los pormenores de aquel triste



suceso con el cual se iniciaría la inexorable declinación profesional de nuestro protagonista. De pronto el compromiso de intereses suscrito años atrás por Víctor Seix y Carlos Barral con voluntad duradera (Barral apoyaba los nuevos intereses financieros de Seix y la fragmentación del negocio y a cambio éste toleraba que aquel llevara a cabo su proyecto de una editorial totalmente personal, impulsada por sus propios criterios y fantasías, algunas de ellas costosas, como los premios internacionales) se ve truncado por el imprevisto y fatal accidente sufrido por su socio. Porque era un accidente que se sumaba a la anterior muerte de Joan Petit, su persona de confianza, y a la ruptura de Jaime Salinas con Víctor Seix (en beneficio de Rosa Regás) por una nimia cuestión de protocolo, desequilibrando el delicado *statu quo* y el estilo elíptico y brillante que había imperado hasta entonces. Dos años después, la agonía se concreta y en septiembre de 1969, "el año malo" Carlos Barral debe retirar sus cosas del despacho de la calle Balmes (sede de Seix Barral) porque su destitución como patrón de Seix Barral es un hecho: "A partir de aquel momento, desde que puse los pies en la calle, mi situación se hizo pésima"[21]. Su lugar lo ocuparía provisionalmente Joan Ferraté. Pero el editor pronto fundará un nuevo proyecto, Barral Editores (que acogería el segundo volumen de sus memorias). Un proyecto de corta duración aunque de brillante contenido, pues en 1973 se verá absorbido por Editorial Labor y a partir de 1974 el editor deberá repartir su dedicación profesional: las mañanas pertenecerán a Barral Editores, pero las tardes cumplirá como director de publicaciones de Labor, en el edificio fabril de la calle Calabria. Una labor llena de tiranteces, muchas de ellas obviadas en las Memorias, pero suficientemente descritas en *Penúltimos castigos*. Pero Barral no recula en sus memorias: "(E)n eso consistía la partición esquizoide del empleo del tiempo de la persona. Ser uno por las mañanas, pensando e inventando a placer y con relativa satisfacción de uno mismo, y otro, a disgusto, por las tardes. Y finalmente casi nadie por las noches, cuando regresaba harto y enojado con el mundo y a lo sumo revolvía nerviosamente las notas de un texto comenzado hacía mucho tiempo que seguramente había muerto ya de envejecimiento"[22]

En *Cuando las horas veloces* la muerte es ya una presencia demasiado frecuente: a las muertes de Joan Petit y Víctor Seix hay que añadir el suicidio de los poetas Gabriel Ferrater (decidido a no cumplir los cincuenta años) y de Alfonso Costafreda (1974), esta última mucha más sentida por el editor como queda dicho en las memorias. Pero de nuevo, como en *Penúltimos castigos*, su fracaso editorial

21 Memorias, pág. 595.

22 Ibid., pág. 661.

con Barral Editores alcanza, aún sin quererlo, pleno protagonismo porque supone un cierre prematuro a su brillante, aunque bohemia, trayectoria profesional. El conflicto con Labor crece en intensidad al tiempo que su salud empieza a sufrir los primeros serios reveses: "Durante la nueva convalecencia en Calafell 1978 yo era consciente, me parece ahora, de aquella situación que me acabaría poniendo al cabo de algunos meses frente a un final desesperado"[23]. Hasta que una mañana de septiembre, al regreso de las vacaciones, Barral se encontrará ante una oficina de conciliación laboral por la que ya han pasado los pocos colaboradores que quedaban. Barral no dice nada, nada reclama, ansioso por salir de ella, sintiéndose maltratado en muchos sentidos, amargo. Lo que quiere es salir de allí y tomar una copa que le alivie el mal trago.

Los últimos capítulos ofrecen la cara de un hombre curtido por los reveses. Sus múltiples personajes ceden el paso ya al que analiza su existencia desde un selecto exilio interior (casi un estuche) desde el cual contemplar el último acto de la vida que, sin embargo, asume sabiamente: "Ya me iba a quedar así, convertido en lo que antes, en las buenas familias, se llamaba "una persona delicada" en referencia al abuelo achacoso o a un tío mayor seriamente disminuido en sus capacidades y posibilidades físicas". No iba errado, si pensamos que Barral fallecería en 1989, un año después de obtener el Premio Comillas por la escritura de *Cuando las horas veloces*. Murió dejando tras de sí no sólo un legado literario sino una concepción del mundo de la cual Barral se sentía autor y responsable. Pocos escritores como

23 Ibid., pag. 687.

él tan preocupados en sus memorias por el compromiso ético y estético, ambos tan férreamente integrados en una personalidad única, forjada, como sabemos, a la sombra de la pérdida del padre. Con esa pérdida el gran editor, poeta y excepcional memorialista creció, absorbió, sufrió y amó intensamente todos los elementos de la vida. Nuestra obligación es reconocer la deuda que tenemos con él y estudiar a fondo ese legado, con sus luces y sus sombras.